

Somos sobrevivientes

por Héctor Tizón

Nuestra generación no puede dar lecciones a los jóvenes, pero —puesto que tampoco podemos darnos el lujo de apostar a lo peor— debemos tratar de hacer algo, al menos, para que las ilusiones no se nos mueran del todo.

La generación de nuestros padres tampoco nos enseñó a administrar el fervor apasionado que nos condujo a la catástrofe... Todos, por aquel entonces, pensábamos que de la noche a la mañana podíamos cambiar el mundo, pero el precio de esa febril conjetura que tuvimos por realidad fue la desdicha, la derrota y la muerte. Fuimos insensatos porque combatimos sin más, sin un previo aprendizaje de la lucha, y, no pocas veces, azuzados por falsos conductores o por ideólogos que confundieron la felicidad con la catástrofe.

Somos sobrevivientes de un mundo maniqueo, en el cual, como los gladiadores del circo romano, la derrota se pagaba con la muerte.

Pero a pesar de eso no acabamos de comprender que la democracia es el único sistema capaz de hacer tolerable la vida, el que nos permite pensar que nuestro adversario pueda tener razón. Éste es el sistema que advino en 1983, al cabo de la masacre y la ignominia. Pero el estado de euforia duró poco, ya que en el mundo se imponía la arrolladora concepción del capitalismo salvaje disfrazado de eficiencia, librecambio y sacralización del mercado.

Las víctimas de esa “libertad” posmoderna y absoluta están a la vista: los excluidos del sistema, los desencantados y, en el mejor de los casos, los cínicos. Los guardianes de ese paraíso de la libre empresa ya no son los pistoleros del Estado totalitario sino los perros de cualquier pelaje que con sus ladridos apocalípticos cuidan que ningún afán amenace la ortodoxia del todopoderoso imperio financiero. Este es el nuevo orden mundial. Frente a él caben sólo dos actitudes: la de incondicional rendición, o la de negarse a admitir que las esperanzas están muertas.



Héctor Tizón, juez y escritor.

Ese debe ser nuestro deber: no tomar en serio a los mercenarios de la ortodoxia, ni aceptar que no hay más salida que la de engordar a los gordos; poner en tela de juicio los dogmas y el catecismo de los “economistas” del sistema, no creer en los anatemas de esta nueva iglesia que amenaza con el infierno a quienes —países y personas— preconizamos no entregarles ni una libra de carne, perturbar permanentemente su opípara seguridad y obligarlos a que mantengan insomne vigilancia, hasta que este, para unos pocos, libre paraíso estalle y sea posible una verdadera convivencia. ■